



Vanesa Amenabar – *Casa de Papel*

*“El hombre no es él mismo cuando habla en su propia persona.
Dadle una máscara y te dirá la verdad”, Oscar Wilde*

Me acerco a la obra de Vanesa Amenabar convocada, a *prima facie*, por su atractivo estético. Me atrae la materialidad del papel, la sutileza del acabado de las formas, una figuración familiar y carismática que genera empatía automática, la referencia a la naturaleza, colores plenos que unifican la estructura de la obra y los pequeños detalles que hacen de cada pieza un relato único dentro de un conjunto de obras que tienen pinceladas conceptuales afines. Me cuenta la artista: *“Mi arte es una conexión que ocurre entre mis manos, la materialidad del papel, el bisturí, la tijera, agujas e hilos y mis soliloquios. Materializo en el papel algo que aún no fue pensado. El papel es un lenguaje. Es sentir su textura con los relieves en cada diseño. Escuchar el sonido que genera con el movimiento según su gramaje. El juego de colores y efectos visuales que se genera, su aroma según las tintas que se utilizan para teñirlos”*. Y partiendo de ese papel como material que le ofrece la condición de posibilidad creativa, empiezo a adentrarme en las obras porque intuía que ellas guardan un relato superador entre recortes, pigmentos y texturas.

Nacida en Mendoza, con una formación profesional que combina lo empresarial con el diseño, Vanesa Amenabar se acerca a las artes desde muy chica transitando el campo de la música, la fotografía social y el diseño de indumentaria y de interiores. Pero tras su traslado a Buenos Aires hace más de una década, luego de vivir muchos años en Río Negro y Neuquén, su obra marca un giro drástico que la lleva a conectar con el papel, soporte material que condiciona sus elecciones dentro de las artes plásticas ya que es el eje que regula el hacer; todo parte del papel. Algunos trabajos de los últimos años marcan el ritmo de un rumbo sostenido en el tiempo. Cada serie, con sus particularidades, despliega un abanico de posibilidades técnicas de plegado, calado, cortes con bisturí, experimentaciones con pigmentos y teñidos de diversos papeles de variados gramajes y medidas, dispuestos sobre bastidores.

Despábilate Amor (2019) nos acerca un universo de alas de colores. Síntesis absoluta, nada pareciera indicar que haya que mirar más allá de lo que la figuración propone y que se reafirma en los títulos. Y es porque el objetivo está puesto allí, en guiar al espectador a un lugar donde la reflexión sea producto de un ejercicio a posteriori: conectar con la belleza, la impronta de la elegancia, la vitalidad de un relato que esconde por detrás un universo de experiencias no siempre del todo felices, es una intencionalidad manifiesta. Es bien sabido que los artistas cuentan con un as en la manga frente a todo el resto de los mortales y eso tiene que ver con poder sublimar en su obra cuestiones tormentosas que a todos nos afectan de manera variada pero que no todos podemos resolver, reconvirtiéndolas en una experiencia que nos enriquezca, aun cuando tenga fundamentos en una experiencia traumática. No hay detalles conceptuales a la vista; eso no haría más que quitarle al espectador la posibilidad de ejercer una asociación propia de cara a lo que ve en una obra. En estos trabajos hay un batir de alar, un cambiar el rumbo, un soltar y repensar la estrategia para sobrevivir; volar es una de ellas. El papel sale del plano, tiene forma,

volumen, cuerpo, tridimensionalidad. Se expanden los horizontes a partir hacia un destino incierto pero reconfortante en su potencialidad que hace crecer.

La serie *A Flor de Piel* (2020) reafirma esta búsqueda. Los títulos vuelven a hacer un juego de palabras que vinculan la obra con una lectura quizás un tanto “naif”. Sin embargo, cuando el espectador logra conectar con aquello que está por detrás del velo de lo aparente, difícilmente pueda ya dejar de verlo y retomar el estadio anterior. Una serie que la artista define como una suerte de “*conexión entre la textura de la piel de la obra y la del nuestro propio*”. La naturaleza se manifiesta en flores de colores pregnantes que dejan a la vista un trabajo obsesivo y exquisito en el tratamiento de un material tan frágil como resistente y noble como es el papel, convertido en soporte de emocionalidades intensas que se manifiestan en cada entrecruzamiento de sus fibras coloreadas.

Sin embargo es la serie *Volver a Ser, Volver a Hacer* (2020) la que más me acerca a poder develar ese misterio detrás de los nombres femeninos que definen cada máscara, cada antifaz. Las máscaras siempre fueron y son utilizadas, históricamente, para acompañar al hombre en una metamorfosis desde donde se puede acceder a decir y hacer aquello que nos es ajeno -porque estamos representando a otros - o aquello que nos es absolutamente propio y que silenciamos consciente o inconscientemente. La máscara protege a quien la porta, le da un marco de legalidad similar al del juego donde se establecen reglas y dentro de ese pacto, todo lo que esas reglas contemplen, hace válidas las acciones. La máscara representa y a veces presenta y es por eso que es un aliado perfecto para ahondar en pasadizos misteriosos. Pero es en ese descuido frente a lo que la máscara se supone que oculta, donde se deslizan las claves para abrir las puertas secretas. Una sola cosa no puede ocultar el antifaz sino que por el contrario, se reafirma por la omisión del resto del rostro: la mirada. Es ese ingreso al alma, parafraseando a los poetas, lo que queda sin velo, lo que permite registrar el rastro de humanidad que se esconde detrás. Las máscaras y los antifaces de Vanesa enmarcan y engalanan miradas femeninas que se convierten en parte de la obra junto con el acto de mirar en sí de quien pudiera portarlas.

Me gustaría cerrar este recorrido con una obra que representa para mí, una síntesis de la obra de Vanesa Amenabar. *Rosa* (2020) es una instalación de pared donde una enorme cantidad de pequeñas flores en una paleta resumida al blanco, visón y rosa pálido, se despliegan formando un entramado cuasi romántico. En cada una de ellas se descubre un tratamiento preciosista, detenido, como si un acto de meditación guiara la práctica de la artista y en un momento de soledad e infinita paciencia, se dispusiera a elaborar una multitud de pétalos que devienen flores con hojas y pimpollos que toman el espacio. Sin embargo, sus colores son de un pastel nostálgico, convocan más a un invierno que a una primavera, tienen algo marmóreo, artificial, propio de lo que emula algo que no es real. Un paraíso que no es todo lo aparente, un trasfondo melancólico desde donde se reelaboran los dolores y las tristezas y se los transforma en un discurso visual más edificante que la angustia. La obra de Vanesa transita ese curioso pasaje desde donde, de las entrañas del silencioso invierno donde todo se gesta, se dan nuevos renacimientos que necesitaron, originariamente, del dolor y de la oscuridad para luego ver la luz.

Vanesa Amenabar – *House of Paper*

“Man is not himself when he speaks in his own person. Give him a mask and he will tell you the truth”, Oscar Wilde

I approach Vanesa Amenabar's work summoned, prima facie, for its aesthetic appeal. I am attracted by the materiality of the paper, the subtlety of the finish of the forms, a familiar and charismatic figuration that generates automatic empathy, the reference to nature, full colors that unify the structure of the work and the small details that make each piece a unique story within a set of works that have related conceptual brushstrokes. The artist tells me: *“My art is a connection that occurs between my hands, the materiality of the paper, the scalpel, scissors, needles and threads and my soliloquies. I materialize on paper something that has not yet been thought of. Paper is a language. It is to feel its texture with the reliefs in each design. Listen to the sound it generates with the movement according to its weight. The play of colors and visual effects that are generated, their aroma according to the inks used to dye them”*. And using that paper as a material that offers the condition of the creative possibility, I begin to delve into the works because I sense that they keep an overcoming story between cuts, pigments and textures.

Born in Mendoza, with a professional training that combines business with design, Vanesa Amenabar approaches the arts from a very young age, traveling the field of music, social photography and clothing and interior design. But after moving to Buenos Aires more than a decade ago, after living many years in Rio Negro and Neuquén, her work highlights a drastic turn that leads her to connect with paper, a material support that determines her choices within the visual arts since it is the axis that regulates doing; everything starts from paper. Some of her works in recent years set the pace for a sustained course over time. Each series, with its particularities, displays a range of technical possibilities of folding, fretwork, cuts with a scalpel, experimentation with pigments and dyeing of various papers of several weights and sizes, arranged on racks.

Despáilate Amor (Unravel Love, 2019) brings us a universe of colored wings. Absolute synthesis, nothing seems to indicate that it is necessary to look beyond what the figuration proposes and that is reaffirmed in the titles. And it is because the objective is set there, to guide the viewer to a place where reflection is the product of an a posteriori exercise: connecting with beauty, the stamp of elegance, the vitality of a story that hides behind a universe of not always entirely happy experiences, it is a manifest intention. It is well known that artists have an ace up their sleeve in front of all the rest of the mortals and it related with being able to sublimate in their work stormy issues that affect us in a varied way but that not all of us can solve, reconverting in an experience that enriches us, even when it is based on a traumatic experience. There are no conceptual details in sight that would only take away from the viewer the possibility of exercising their own association in the face of what they see in a work. In these works there is a wing beat, a change of course, a letting go and rethinking the strategy to survive; flying is one of them. The paper comes out of the plane; it has shape, volume, body, three-dimensionality. The horizons are

expanding, starting towards an uncertain but comforting destiny in its potentiality that makes it grow.

The series *A Flor de Piel (On the Skin, 2020)* reaffirms this search. The titles once again play with words that link the work with a perhaps somewhat “naive” reading. However, when the viewer manages to connect with what is behind the veil of the apparent, it is difficult to stop seeing it and return to the previous stage. A series that the artist defines as a kind of "*connection between the texture of the skin of the work and that of our own*". Nature manifests itself in flowers of pregnant colors that reveal an obsessive and exquisite work in the treatment of a material as fragile as it is resistant and noble as paper, turned into a support for intense emotionalities that are manifested in each interweaving of its colored fibers.

However, it is the series *Volver a Ser, Volver a Hacer (To be Again, to do Again, 2020)* the one that brings me the closest to being able to unveil that mystery behind the female names that define each mask. The masks have always been and are used, historically, to accompany man in a metamorphosis from where it is possible to access to say and do what is alien to us - because we are representing others - or what is absolutely our own and that we consciously or unconsciously silence. The mask protects those who wear it, it gives them a legal framework similar to that of the game where rules are established and within that pact, everything that those rules contemplate makes the actions valid. The mask represents and sometimes presents and that is why it is a perfect ally to delve into mysterious passageways. But it is in that carelessness in front of what the mask is supposed to hide, where the keys to open the secret doors slide. A single thing cannot hide the mask but on the contrary, it is reaffirmed by the omission of the rest of the face: the gaze. It is that entry into the soul, paraphrasing the poets, that remains unveiled, which allows us to register the trace of humanity that hides behind. Vanesa's masks frame and adorn feminine gazes that become part of the work together with the act of looking at whoever could wear them.

I would like to close this tour with a work that represents for me, a synthesis of Vanesa Amenabar's work. *Rosa (Rose, 2020)* is a wall installation where a huge amount of small flowers in a palette summed up in white, pink and pale pink, unfold forming a quasi-romantic framework. In each one of them a precious treatment is discovered, detained, as if an act of meditation guided the artist's practice and in a moment of solitude and infinite patience, she prepares to elaborate a multitude of petals that become flowers with leaves and buds that take up space. However, its colors are of a nostalgic pastel, they summon more to a winter than to a spring, they have something marbled, artificial, typical of what emulates something that is not real. A paradise that is not all that is apparent, a melancholic background from which pain and sadness are reworked and transformed into a visual discourse more edifying than anguish. Vanesa's work travels that curious passage from where, from the entrails of the silent winter where everything is gestated, new rebirths take place that originally needed pain and darkness to later see the light.